

Mujeres Argentinas: las chinas.
Representación, territorio, género y nación

Diana Marre

Publicacions Universitat de Barcelona, Barcelona
2003, 313 páginas

No son pocos los trabajos que en las últimas dos décadas han analizado la construcción de las naciones, proceso que lleva implícita la delimitación de un centro ocupado por un ‘nosotros’ y de un margen que excluye de esa comunidad imaginada a todos aquellos que no acuerdan con los parámetros de lo que se entiende por civilización desde fines del siglo XVIII, desde el punto de vista económico, sexual, laboral, etcétera.

En el caso de *Mujeres Argentinas: las chinas. Representación, territorio, género y nación* esa labor de análisis cobra dimensiones nuevas por dos aspectos fundamentales. Por un lado, se trata de recuperar a una figura que, o bien fue borrada o condenada a la ‘invisibilidad’, o bien caracterizada con la fijeza y estrechez de todo estereotipo, en el desarrollo de las representaciones culturales de la nación, en ese entramado de diversos discursos cuya reproducción en el tiempo asegura la cristalización de imágenes y de una memoria colectiva. Se trata de las mujeres de la pampa, las ‘chinas’ y las ‘cautivas’, un actor social subalterno de difícil definición étnica, racial y de clase como demuestra minuciosamente la autora. Habitantes de la frontera y agentes ellas mismas de una cultura mestiza, híbrida, entre el mundo indio y el hispano-criollo, su imagen se marginaliza de todo el proceso civilizatorio y poco a poco se desvanece para reaparecer solamente, como ‘negativo’ en el sentido fotográfico y semántico, en aquellos espacios de ‘vacío’ textual, que como el desierto mismo, el hábitat que las cobija, deben ser recorridos con una nueva mirada para redescubrir aquello que se intentó hacer desaparecer.

Por el otro, con esa nueva mirada se releen los textos fundadores de la identidad nacional y en este sentido, se cuestiona una historiográfica aún vigente en el ámbito rioplatense que mantiene firme su credibilidad en las fuentes y se niega a poner en duda la validez de los documentos conservados en los archivos oficiales para el estudio de poblaciones excluidas. La relectura, que incluye el género, la clase, la etnicidad y la raza como categorías de análisis, sirve entonces para desbaratar o deconstruir las imágenes que, incluidas en esas mismas fuentes, han ido cristalizando en legítimas representaciones sobre las que se ha cimentado una identidad nacional homogénea: “Más que la recurrencia a nuevos, desconocidos y ‘únicos’ documentos [...] es necesaria una nueva mirada para leer viejos textos, aquellos de mayor incidencia y perdurabilidad en las representaciones culturales nacionales” (p. 126).

En ese *corpus*, como en sucesivas capas geológicas, se releen en las obras de viajeros españoles del siglo XVIII, como Antonio de Ulloa, Alonso Carrió de la Vandra o Félix de Azara, y en los relatos de viaje y etnografías de naturalistas y exploradores principalmente ingleses, entre los que se destaca la obra de Francis Bond Head, la imagen que estos narradores concibieron de las mujeres de la pampa, proclives, según ellos, a la inactividad y a una libre sexualidad. Lo importante es que estos textos han sido una y otra vez utilizados como fuentes para la historia nacional, sin que se cuestionara el valor de esas representaciones. Aquí es donde el análisis de Marre despliega su mayor originalidad.

La obra del Capitán minero Head de 1826, en particular, resultado impreso de la expansión neocolonial británica durante el siglo XIX en el Río de la Plata, acuña una serie de imágenes que se vuelven hegemónicas sobre la barbarie de la población de las pampas y en especial de las mujeres, quienes ‘sólo’ se ocupaban de hacer fuego para obtener brasa para asar carne y calentar agua para hacer mate, o porque “acumulaban huesos secos en los entornos de sus ranchos” (p. 159), y quienes gozaban de una vida sexual que se entendía como libertina y lujuriosa, no atada a las regulaciones morales del pudor y de la monogamia. Esta imagen, a su vez, se apoyaba en un dato reproducido incesantemente y que estudios recientes sobre la región comienzan a revisar: la idea de que la pampa habría estado habitada por gauchos solos, sin ninguna forma de organización familiar.

A la lectura del texto de Head, Marre incorpora una interesante reseña de la difusión y reedición de esta obra en tres momentos significativos: 1) la década de 1820, momento de su publicación, en que se editan además numerosas obras de estos viajeros, y se difunden no sólo en Inglaterra o Francia, sino también en el ámbito rioplatense; 2) las primeras décadas del siglo XX, en las que el nacionalismo cultural de la elite letrada buscó consolidar una identidad que se sentía amenazada; y 3) el momento actual en el que diversos emprendimientos editoriales difunden las obras de los viajeros europeos de los siglos XVIII y XIX, con la certeza de que esas obras contribuyeron a la construcción de ‘la’ identidad nacional argentina, sin pensar que se trata de una imagen posible que sustentó un proyecto de país regido por la articulación de intereses porteños y la expansión capitalista de las potencias centrales.

Como hemos señalado, Marre analiza el proceso de construcción de las identidades subalternas de la nación a través de las representaciones culturales de la identidad de género y territorial. Ahora bien, en el último capítulo de su libro, “Identidades nacionales argentinas”, señala que en ese análisis ha constatado una ‘significativa’ presencia de las chinas en el contraluz de esos discursos que ha reunido para su examen, en ciertas manifestaciones de la cultura popular, como así también la capacidad de ‘mediación’ y ‘negociación’ de esa presencia en el proceso de construcción de la nación (p. 274).

Resulta claro que la lectura de Marre hace visible un grupo social excluido y subalternizado como las chinas, que las representaciones culturales hegemónicas destinaron

a los márgenes y al silencio. Sin embargo, resulta difícil deducir de su análisis la ‘capacidad de mediación y de negociación’ que se supone manejan las mujeres de la pampa para ‘trascender su condición de víctimas y ser capaces de una agencia social’. Y esto no señala una falla en el texto sino un excesivo optimismo en las posibilidades de resistencia de los grupos subalternos frente a los mecanismos hegemónicos de la alta cultura. Es difícil pensar en algún tipo de negociación o agencia de las chinas, indias o cristianas, o de los indios que aparecen en *La Cautiva* o el *Martín Fierro*. En realidad, esa capacidad de mediación y de agencia está en quien relee con una nueva mirada, según la acertada perspectiva de la autora, y no tanto en una negociación pactada de los actores subalternos con los grupos hegemónicos. Esto, al menos, en los productos de la alta cultura. Diferente es la situación si trabajamos con productos de la cultura popular: allí sí se crean espacios de resistencia que pueden enfrentar y negociar el manejo de las imágenes y de las prácticas culturales que pretende dominar la dirigencia letrada. Un estudio como el de Adolfo Prieto sobre el criollismo en la formación de la Argentina moderna lo demuestra claramente.

Acordamos con Marre y Martín-Barbero en que, a través de la cultura popular, los grupos subalternos filtran y reorganizan lo que viene de la cultura hegemónica, lo integran con lo que viene de su memoria histórica y median a través de ello, haciéndose visibles (p. 274). Pero su *corpus* no incluyó justamente estos testimonios de la cultura popular. Aparece de pronto, en este último capítulo, el concepto de negociación que no está presente en los desarrollos anteriores, en los que no se negocia nada, sino que más bien se borra, se excluye, se suprime y se soslaya en una dinámica del poder unidireccional. Se supone entonces, según esta perspectiva, que las identidades nacionales subalternas basadas en el género, la etnia o el territorio y plasmadas en los monumentos discursivos sobre los que se erigió la nacionalidad argentina se pudieron acordar. Creo que la lectura de los textos ‘fundadores’ de identidad que provee este libro desmiente acabadamente esa afirmación.

José Javier Maristany